RESEÑAS

Cesáreo Morales García, *Ir. Variaciones sobre Jacques Derrida*, 2012, México, Miguel Ángel Porrúa (serie Las Ciencias Sociales), 250 pp.

RECEPCIÓN: 8 de noviembre de 2012.

ACEPTACIÓN: 28 de agosto de 2013.

164

Cesáreo Morales nos entrega un libro de enorme importancia para quienes leemos a Derrida. Una escritura sorprendente en más de un sentido: prosa, prosa poética, giro de análisis gramatical, desentrañamiento de categorías derridianas, afán por explicar sin apelar al sistema de la exégesis clásica. Una serie de figuras y delineamientos llevan al lector a reescribir el discurso derridiano y, al mismo tiempo, a reescribirse a sí mismo. En cada página, se asiste al estudio de ideas que se expresan y difieren de sí mismas; al lenguaje que muestra su imposibilidad; al sentido que se esboza y se pierde, dando paso a otro sentido; a una comprensión de otras formas de la imposibilidad; a las velocidades del mundo virtual de la *www.nómos*, y por ende, a la vivencia y comprensión de la violencia absoluta de la trama en la que nos hallamos.

Es necesaria, entonces, una hiper-política, una política más allá de la idea de la democracia aritmética, del liberalismo tradicional y que, así, nos exija pensar en la promesa: la democracia por venir, una cierta justicia, una política que articule un mundo global y que permita dar sentido a la idea de reconciliación, fraternidad, en el misterio de un mundo cristiano tele-tecno-comunicativo. Un mundo donde las religiones del Libro prevalecen generando nuevas hostilidades. Judaísmo, Cristianismo, Islam, globalización cuyas premisas cristianas son los ideales norteamericanos, que suplen a la Roma imperial de otro tiempo y dan paso a las violencias más inauditas. Morales nos pide comprender que la huella de la idea de Dios prevalece, sobre todo, en el mundo islámico y judío, mientras en Occidente una variante norteamericana de corte cristiano impulsa violencias inéditas. Al mismo tiempo, nos muestra la difícil-

tad de conciliar lo fraterno cristiano con la agresiva tecnología de hoy y las inercias de una ‘comunización’ en peligro de extinción, particularmente en los intercambios, por demás impersonales, del presente.

Atomizados, fragmentados, en crisis financiera, con pobreza de miles de millones, injusticia y marginalidad, el mundo como sin-mundo es el fantasma que nos recorre por doquier –violencia radical, donde cualquier otro es radicalmente *cualquier* otro. Hermoso libro. Complejo. De una gran densidad y, por ende, “libro hiperbólico”. Demanda devoción en su lectura y relectura; sobre todo, resulta valioso en acercarnos a Derrida; posiblemente quienes no lo han hecho, sentirán el deseo de leer por fin a tal autor, de quien solamente quedan ‘cenizas’.

Morales comienza citando a Sloterdijk, con quien hace algún escarceo; dice: “los libros son voluminosas cartas para los amigos”,¹ y nos transmite que el pensador alemán escribió a Derrida, sobre todo la gran carta al muerto. Son las *Cartas Muertas*, como las que tenía en su cajón Bartleby. Y los testimonios en alemán y francés hablan del sin-mundo, del otro en el Afuera, del comienzo, el re-comienzo y el retorno. En esas esferas, psicoacústicas y resonancias, burbujas y espumas, se dieron los envíos de Sloterdijk a Derrida. La carta pretende hablar a un hombre que ya ha muerto –de ahí el nombre. Como si al escribirle al muerto se pretendiera su resurrección; pero no la cristiana, no de la que hablan san Pablo o san Agustín: es una esfera en la que Sloterdijk le escribe a Derrida que ha muerto. Y lo trae a la vida como si de verdad pudiese leer la carta, escuchar su resonancia y devolver algún mensaje; al final, la carta es para nosotros.

Es la cuestión del archivo y la memoria. La idea de ir al comienzo y releer al muerto con ojos de polvo. Ir al comienzo de Derrida. ¿Existe eso? Y tomado como archivo hacer la memoria del gramatólogo. Hay luz, ligereza en la cima, hace calor, un calor reseco de desierto, dice Morales. Y agrega: “Comienzo en la espiritualidad de la mirada y en la transparencia de la idea sostenida por el aire puro de las alturas. Por el contrario, en medio del calor que hace sudar o del frío extremo que impide a las manos escribir, el espíritu también se derrite o se congela. Uno se pregunta casi sin preguntarse, ¿qué es leer en estas comarcas? Si la sobrevivencia no da tiempo, si la amenaza de la violencia nubla la vista y altera el cuerpo, ¿desde esta frontera cuál es la posibilidad de leer?” (p. 61). Derrida es el espectro que pone a hablar a Sloterdijk en

¹ Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, 2000, Madrid, Siruela, p. 19.

RESEÑAS

clima seco o frío. Hace que diga lo que tiene que decir, pero también lo que ha de callar. “Los muertos están a merced del otro, absolutamente”, dice Morales.

Todo es montaje, puesta en escena donde el fantasma tiene voz. Y la memoria del judío argelino francés, como si se tratase de la pirámide judía, en *Derrida, un egipcio*, nos pone en un dilema: escenas dentro de la escena, marcas que apuntan lo importante, palabras curvadas donde los términos son no-términos, un cuerpo que gesticula, vuelve la cabeza, ojos, nariz, arruga la frente, hace ruidos con la boca. Muerte. Memoria del cuerpo que escribía, ahora muerto y sobre el cual escribe otro cuerpo gesticulante.

Algo como aliento se deja sentir. El de Derrida y el de Sloterdijk. La cuestión de saber si hay algo más allá de lo pensado y qué fue lo que se pensó realmente. Angustia por lo escrito y lo no-escrito. Siempre en pos de un libro que no se escribió. El libro por-venir (Blanchot). Eco de otros pensadores, el pensador deja oír muchas voces desde la suya. Y el gran lector, Derrida, hace lecturas explosivas: teje interpretaciones a partir de siete registros, que son sus autores, tanto de la tradición como contemporáneos. Cesáreo Morales los recuerda y numera (no sé por qué en ese orden): Niklas Luhmann, Sigmund Freud, Thomas Mann, Franz Borkeneau, Régis Debray, Hegel, Boris Groys.

Lo anterior implica señalar las marcas que se desprenden de cada uno de ellos. Uno: la deconstrucción y la teoría de sistemas, donde los sistemas son autorreferenciales en un entorno que excluye el afuera, de la misma forma que lo deconstruido es la imposibilidad de una ciencia del lenguaje. Dos: el lugar sin lugar del inconsciente, segundo escenario, represión y retorno de lo reprimido, pizarra mágica, historia y memoria de eventos desfigurados que asedian en sueños y síntomas; Freud hablando de Moisés desfigurado como egipcio, cuando es el padre judío y de la fundación judía de la Ley. Desplazamientos en metonimia, lo que difiere desde sí como uno y lo otro, *diferancia*, *différance* que trabaja en la historia, des-espacia, destemporaliza, rompe el vivir juntos y demanda una política de lo posible, desidentifica, marca lejanía en lo cercano, desapropia a lo judeo-egipcio-griego-cristiano-islámico-mexicano de frontera clara y exilia a la subjetividad, la pone en *éxodo* y salida.

Tres: José el soñador, *José y sus hermanos*, José-Derrida, judeo-egipcio; Derrida —y eso lo sabe Sloterdijk— es José que interpreta los *sueños* del faraón, los del proletariado, los escondidos en la pirámide y sus promesas, cenizas que se levantan y estallan como volutas. Cuatro: la vida imposible por la derrota de la *justicia*. Fe judaica ante la justicia: una vuelta al comunismo del cris-

tianismo primitivo, donación, gracia, justicia. Vida contra explotación de la vida, vida contra violencia. Marx que se mantiene como una marca simbólica entre esas contradicciones; más allá de la fe reflexionante de Kant, Derrida, Borkeneau y Sloterdijk se preguntan: ¿cómo es posible vivir juntos? Una alianza extraña, que se necesita para escindirse, continuamente; oscilar entre mortalidad e inmortalidad. Quinto: hablar del *fin de la historia* con Debray. El Hegel del fin y la filosofía de la historia; pero también el fin de la metafísica y de la ontología, como quiere Heidegger. Pensar el Ser como última metafísica del emisor fuerte que nos elude. Y Dios —en la lectura de Debray—, transportado por las escrituras desde el mundo egipcio al judío. Por la rueda y el texto. Al transportar la idea de Dios, esa idea se desfigura. El cristianismo se mantiene fiel a sí mismo y, desde el grito hondísimo de Jesús, nos revela obstinadamente la manifestación de Dios. Pero Dios se sostiene en la escritura, depende del signo.

Sexto: el círculo de Hegel y Hegel en el círculo. Derrida lee a Hegel en “El pozo y la pirámide”, donde el lenguaje encriptado en el pozo, donde reposa el faraón, es una marca indescifrable que excede y rebasa —alma perdida— sin poder llegar al sol en la punta de la pirámide. Signo, signifiante y significado. Significado que nos elude en los signos que se emiten de signifiante en signifiante. El fondo, el pozo del significado, en el signo que porta una elevación signifiante. La pirámide-significado hundida en el signo, en el pozo y el signifiante volátil. Jeroglíficos, escrituras, metafísicas, ontoteologías indescifrables. De nuevo, *Khora*. Dice Morales: “Pozo y pirámide, metáforas del desierto, paso incandescente, sed enloquecedora, palabra del cuerpo fatigado en su último aliento y que en el callar encuentra su fuerza” (p. 73).

Séptimo: Derrida se mueve entre las figuras del egipcio, del judío y del cristiano. Escrituras sobre la resurrección y la inmortalidad: herencia egipcia en la posmodernidad. Creencia a fondo, hasta la muerte, inmortal en los museos. Dice Cesáreo Morales que Derrida acaba de recorrer la frontera del lenguaje y la escritura, y el viviente se asume como heredero del muerto: hablamos por la *herencia* de los muertos. Es preciso, se dice, buscar los archivos, ir a las “fuentes”. Pero todo es un exceso: 1) de vida, sobre-vida, después de la primera muerte, *diferancia* de la segunda —releer y matar de nuevo; 2) exceso de *fe* en la vida e ir, dejarse ir; 3) exceso del *lenguaje*, en la mudez; 4) exceso de hablar de la *locura* en el pensamiento; 5) exceso de *violencia* que inhibe toda política y demanda una hiper-política, hoy, en la violencia absoluta; 6) exceso del *conflicto* en su irresolución; y, 7) exceso del *acontecimiento*, contratiempo y poder mediático.

RESEÑAS

Ante los excesos, la vida en riesgo: la violencia absoluta. El lenguaje que no dice lo que dice y se deconstruye. La fe en la vida y en los otros, como religión de la justicia por venir, y la fuerza de la ley como violencia contra la violencia. Estamos excedidos. Por ello, la política hoy necesaria ha de ser una política del exceso: la hiper-política. En *diferancia*, difiriendo, desplazando, buscando ordenar lo que se sale de orden. Hablamos, vivimos y convivimos. Violentos, veloces, virtuales; cada uno a su paso, *disyuntos*, excedidos, siempre tras la huella que nos elude en la memoria y el olvido.

Hermoso libro, pues. Un verdadero reto para todo lector. Morales nos ha entregado una de sus obras maestras.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México